

Jacobo Ollero Butler (1945-2003)

In Memoriam

El Departamento de Historia y Teoría del Arte de la Universidad Autónoma de Madrid se siente en la obligación de expresar públicamente su más profundo y sincero sentimiento de duelo por la muerte de Jacobo Ollero Butler, profesor que desde 1974, en estos cuarenta y cuatro años, venía perteneciendo a él y donde había prestado valiosos servicios. Por otra parte está suelta una emocionada semblanza personal que se esperaba no se pueda contar nosotros que lo conocimos, tratamos casi desde la infancia y del que muchos fueron amigos.

Había nacido el 14 enero de 1945 en Madrid, aunque él se sentía verdaderamente guineano por afecto a la ciudad de este bello pueblo al que le estuvo siempre particularmente unido. Su padre fue el prestigioso Catedrático de Derecho Político en la Universidad Complutense y senador de representación real en las primeras Cortes de la democracia. En 1968 finaliza la carrera de Historia del Arte, licenciándose en la Universidad Complutense con los honores de *cum laude* por el profesor Miguel Concha, que le sirvió para cumplir una plaza de profesor de Historia del Arte en la Universidad de Sevilla, donde estuvo el que

Jacobo Ollero Butler

(1945-2003)

In Memoriam

En 1970 fue nombrado profesor titular de Historia del Arte de la Universidad Complutense sucediendo al catedrático del profesor D. Alfonso Emilio Pérez Sánchez, con quien inició la elaboración de su tesis doctoral. En este mismo año de 1974, año en que pasó a la Universidad Autónoma de Madrid, asumió las funciones como ayudante en la Complutense, ocupando el cargo de Director del Arte desde 1978 a 1982 a los alumnos de segundo curso del Instituto Ramón de Menéndez, y desde 1989 a 1994 a los del Instituto Europeo de Estudios de la Universidad de Chicago en su sede en Madrid.

En el curso de 1978-1979 comenzó la docencia en la Universidad Autónoma guineana donde permaneció hasta 1981, año en el que volvió a Madrid para ejercer como ayudante y asumió desde entonces la cátedra de Historia del Arte en la Universidad Autónoma de Madrid, donde se dedicó a la docencia y a la investigación por los caminos de planes de estudio, tesis doctorales, disertaciones, artículos de revista sobre el arte guineano, desde el arte prehistórico hasta los siglos XX y XXI, además de la pintura de Rembrandt y del Barroco, además de varias tesis privadas y profesionalmente preparadas, hasta la doctoral del profesor Jacobo Ollero en profesor de alta sensibilidad que gozó con la mayor estima y donde se sentía particularmente vivo, transmitiendo en clase un conocimiento de los fundamentos históricos, estéticos, técnicos y científicos del arte, con la personalidad y seriedad a los alumnos que por él se caracterizó y especialmente en su etapa de profesor.

A Ollero le complacía y atraía la actividad docente, desde su etapa en la docencia de la Universidad Autónoma de Madrid, donde se dedicó a la docencia y a la investigación por los caminos de planes de estudio, tesis doctorales, disertaciones, artículos de revista sobre el arte guineano, desde el arte prehistórico hasta los siglos XX y XXI, además de la pintura de Rembrandt y del Barroco, además de varias tesis privadas y profesionalmente preparadas, hasta la doctoral del profesor Jacobo Ollero en profesor de alta sensibilidad que gozó con la mayor estima y donde se sentía particularmente vivo, transmitiendo en clase un conocimiento de los fundamentos históricos, estéticos, técnicos y científicos del arte, con la personalidad y seriedad a los alumnos que por él se caracterizó y especialmente en su etapa de profesor.

Jacobo Ollero Butler (1945-2003)

In Memoriam

El Departamento de Historia y Teoría del Arte de la Universidad Autónoma de Madrid se siente en la obligación de expresar públicamente su más profundo y sincero sentimiento de pesar por la muerte de Jacobo Ollero Butler, profesor que desde 1973, es decir durante treinta años, venía perteneciendo a él y donde había prestado valiosos servicios. Por otra parte esta sucinta pero emocionada semblanza pretende que su memoria no se pierda entre nosotros que le conocimos, tratamos casi cotidianamente y del que muchos fuimos amigos.

Había nacido el 14 enero de 1945 en Madrid, aunque él se sentía sentimentalmente gaditano por afecto a la ciudad donde había nacido su madre, a la que estuvo siempre particularmente unido. Su padre fue el prestigioso Catedrático de Derecho Político en la Universidad Complutense y senador de designación real en las primeras Cortes de la democracia. En 1968 finalizó la carrera de Historia del Arte, licenciándose en la Universidad Complutense con una Memoria sobre el pintor Miguel Coxcie, que le sirvió para orientarse hacia los estudios de la pintura flamenca del siglo XVI en España, asunto sobre el que posteriormente realizaría su Tesis Doctoral.

Dos años después de finalizada la carrera, en 1970 fue nombrado profesor ayudante del Departamento de Historia del Arte de la Universidad Complutense, vinculado a la agregaduría del profesor D. Alfonso Emilio Pérez Sánchez, con quien inició la elaboración de su Tesis Doctoral. En este puesto permaneció hasta septiembre de 1974, año en que pasó a la Universidad. Al mismo tiempo que ejercía sus funciones como ayudante en la Complutense, impartió clases de Historia del Arte desde 1968 a 1972 a los alumnos de sexto curso el Instituto Ramiro de Maeztu, y desde 1969 a 1978 a los del Instituto European Studies, de la Universidad de Chicago con sede en Madrid.

En octubre de 1974 comenzó la docencia en la Universidad Autónoma, primero como profesor contratado hasta 1988 y luego como profesor ayudante y asociado hasta que le sorprendió la muerte. En estos cargos se vio en la circunstancia de explicar, a causa de las diversas circunstancias ocasionadas por los cambios de planes de estudios, todo tipo de materias, abarcando prácticamente todo el arco disciplinar, desde el arte antiguo hasta el de las últimas vanguardias, desde la pintura del Renacimiento y del Barroco, a las que se sentía más próximo y profesionalmente preparado, hasta la historia del Cine. Fue Jacobo Ollero un profesor de fina sensibilidad que gozaba con la tarea docente y donde se sentía particularmente vivo, transmitiendo a sus alumnos no sólo conocimientos si no fundamentalmente ilimitado entusiasmo. Y precisamente por su proximidad y cercanía a los alumnos era por ellos correspondido y especialmente estimado.

A Ollero le complacía y arrebatava estudiar la obra de arte no tanto en la frialdad de los libros y de las disertaciones eruditas cuanto en su palpitante realidad e inmediatez. De ahí sus frecuentes viajes, primero a Bélgica y los Países Bajos y luego a Italia, el país de sus entusiasmos, unas veces sólo o acompañado de familiares y amigos, otras arrastrando con él a sus discípulos. Recorrió la península transalpina de norte a sur, extasiándose no únicamente ante las obras maestras que reproducen los libros, tampoco sólo ante los monu-

mentos de las grandes ciudades, sino ante cualquier iglesita, pintura o rincón de Toscana y de otros lugares de aquél país donde se respira belleza por todas partes. Aunque también es cierto que su corazón se había prendado en particular de Roma, ciudad cuyos edificios y obras de arte de todas las épocas nunca cansaba de admirar.

Su pasión por la belleza y el arte no la reservaba exclusivamente para la arquitectura, escultura y pintura sino la extendía a otros campos como la literatura, el teatro y el cine. Así entre 1973 y 1980 perteneció al Aula de Teatro que fundó en la Universidad Autónoma Ricardo Lucía, participando como actor en la lectura y representación de textos de Gabriel Celaya, Darío de Fo, y otros muchos. Desde muy joven fue ferviente cinéfilo, tanto que había mitificado muchas de las grandes estrellas del cine americano conservando sus fotos, posters y carteles. Había reunido una buena colección de películas de las que se sirvió para las clases de Historia del Cine que tuvo que impartir dentro de las asignaturas del segundo ciclo del nuevo plan de estudios.

No descuidó la investigación como tarea complementaria de la docencia, aunque a decir verdad le atraía mucho más ésta que aquella. Inició pronto su Tesis Doctoral con el mencionado profesor Alfonso Emilio Pérez Sánchez sobre un tema tan importante y sugestivo como la presencia de pintores y pinturas flamencas del siglo XVI en España. Esta tesis se pretendió que fuera el eslabón intermedio entre las que habían consagrado doña Elisa Bermejo a los primitivos flamencos don Matías Díaz Padrón a los pintores del Barroco flamenco seiscentista. Interrumpida por algún tiempo, fue terminada bajo la dirección del profesor don Rogelio Buendía. Ofrecemos ahora la lista de sus trabajos publicados que viene a ser fragmentos, en su mayor parte, de aquella tesis nunca dada a luz:

“Dos pinturas de B. de Ryckere van Rues”, *Archivo Español de Arte*, n. 171, 1971, pp. 348-51.

Diversas entradas y voces de arte en la *Gran Enciclopedia Rialp*, Madrid 1971-1975.

“Dos tablas flamencas del siglo XVI en Madrid”, *Miscelánea de Arte en honor de don Diego Angulo Íñiguez*, Instituto Diego Velázquez, Madrid 1972.

“Miguel Coxcie y su obra en España”, *Archivo Español de Arte*, n. 190-191, 1975, pp. 165-98.

“Una obra desconocida de Pieter Aertsen en el Prado”, *Boletín del Museo del Prado*, n. 5, 1981, pp. 111-16.

“Una miniatura de Wtewael”, *Archivo Español de Arte*, n. 230, 1981, pp. 361-65.

“Las alhajas del Delfín”, en *Buhardilla del Arte*, 1986.

Las Sargas de Villoslada de Cameros, Catálogo de la Exposición, Caja de Ahorros de La Rioja, Logroño 1987.

“Gillis Coignet y otros pintores flamencos del siglo XVI en un retablo de Santa María la Redonda en Logroño”, *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, vol. I, 1989, pp. 97-102.

“Los flamencos en la España del siglo XVI”, *anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, vol. II, 1990, pp. 173-78.

“Algunas novedades acerca de la pintura flamenco del siglo XVI en España: Pieter de White y Denis Calvaert”, *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, vol. III, 1991, pp. 79-82.

El retrato renacentista y barroco, Cuadernos de Arte Español, Historia 16, Madrid 1992.

La pintura renacentista en Sevilla, Cuadernos de Arte Español, Hostiga 16, Madrid 1993.

El profesor Jacobo Ollero tras breve e ineluctable enfermedad falleció el 16 de octubre de 2003, dejando en nosotros la huella de su sencillez, simpatía y cordialidad. Descanse en paz.

Intervención del

Dr. Alfonso E. Pérez Sánchez

Catedrático de Historia del Arte

Jacobo Ollero fue uno de los alumnos más brillantes de los primeros cursos de mi vida como profesor universitario. Acababa yo de volver de Alemania con una beca y llegaba lleno de entusiasmo y de deseos de encaminar a los alumnos, apenas más jóvenes que yo, con que me encontraba en las aulas, lo que a mi me llenaba de profunda satisfacción y placer. No existía aún la licenciatura de Historia del Arte y los que se interesaban por estas materias habrían de seguir la licenciatura de historia donde, al menos, había dos cursos de Historia del Arte.

Jacobo se manifestó, desde el principio, como uno de los más dotados y entusiastas. Devoraba con los ojos cuantas imágenes desfilaban por las pantallas, preguntaba con inteligencia y, pronto, gracias a su amistad con otros alumnos del curso anterior que habían establecido conmigo una relación amistosa y frecuente, comenzó a acudir a mi casa donde se reunían a ver diapositivas, a comentar películas u obras de teatro, a leer poemas y a escuchar música de todos los géneros, desde la de cámara hasta el flamenco o las canciones de Chavela Vargas, nuestro ídolo particular, en un ambiente de camaradería, curiosidad intelectual y abierta sinceridad.

Jacobo se mostraba, quizás, como el más brillante y entusiasta. Aportaba sus propias diapositivas, sus discos, su aguda visión de películas recientes, sus lecturas variadas y libres.

En el ambiente oficial de los años 60 las noticias que llegaban de fuera, como las jornadas del mayo francés del 68, encendían a todos con un deseo de Libertad que él asumía con entusiasmo. Excursiones con la facultad a ver monumentos y museos (Salamanca, Segovia, Ávila, Andalucía) o más cercanas a Toledo, o al "norte de Madrid", estrecharon más los vínculos con un grupo de alumnos amigos y amigas que intercambiaban experiencias y conocimientos.

Jacobo, dotado de una excepcional agudeza visual y sensibilidad parecía encaminado a ser el de más brillante carrera. Pero quizás su empeño primario por *vivir* le hizo renunciar al brillante porvenir al que parecía destinado. Su tesis, iniciada con pasión, tardó muchísimo en concluirse. Mientras algunos de sus compañeros alcanzaban las cátedras, él se negaba a pasar por el exigido ritual burocrático, dejaba pasar oportunidades o las desperdiciaba.

Publicó poco y como a regañadientes pero siempre mantuvo vivo su entusiasmo comunicativo y su alegría de vivir un tanto desdeñosa de convencionalismos.

El recuerdo que quiero guardar de Jacobo es el del muchacho apasionado que escribía poemas y larguísima cartas deslumbrado con Italia y admirador por igual de Bernini, Borromini, Sofía Loren, Ana Magnani o una humilde Tratoria, *Armando al Panteone*, donde había encontrado una riquísima pasta y una atmósfera cálida y cordial.

En los últimos años nuestro contacto fue más escaso. Supe de sus problemas de salud y de sus dificultades académicas. La última vez que le ví vino a visitarme en ocasión de las penosas circunstancias que me han impedido estar presente ahora aquí.

Estaba sereno y contento, pues había superado una difícil crisis y me decía que solo las clases, los alumnos y un reducido círculo familiar y de amigos, le era suficiente para vivir. No volví a verle, pero su recuerdo perdurará siempre unido al de los años más felices, que fueron también, me atrevo a decirlo, los suyos y de cuantos compartían su entusiasmo, su sensibilidad y su generosa personalidad.

Intervención de Oscar Valtueña Borque

Señoras y Señores;

Amigos y compañeros:

Soy médico, desde hace 47 años y después especialista en Psiquiatría. Hace dos años, cuando por la edad fuí jubilado por la Administración Sanitaria, comencé a estudiar Historia del Arte, una idea que acariciaba desde hacía mucho tiempo por su conexión con el Arte de la Medicina.

Desde mis primeras clases con el Profesor Ollero tuve la impresión, como cualquiera de mis compañeros sin ser médicos ni psiquiatras, de encontrarme ante una personalidad singular.

Por eso cuando propuso hacer un viaje de estudios a Roma, no solamente no dudé en apuntarme, sino que además le pedí permiso para ir con mi mujer y dos amigos nuestros, Luchi e Ignacio, ella Licenciada en Historia del Arte y él Arquitecto, todos apasionados por la Ciudad Eterna, y los tres presentes en este acto.

Cuando íbamos en el avión, inmersos entre los cánticos, las carcajadas y el jolgorio general de nuestros jóvenes compañeros, urdimos un plan un tanto maligno; si el viaje no iba con nosotros cuatro, al segundo día íbamos a hacer mutis por el foro.

Pero desde el primer día nos encontramos tan a gusto con nuestro guía, Jacobo parece obvio decirlo, y con nuestros agradables y simpáticos compañeros, que hicimos a pie las siete colinas de la ciudad sin siquiera darnos cuenta.

Durante cinco días escuchamos atentamente a Jacobo en sus explicaciones de lo que nos llevaba a ver, quien contestaba todas las preguntas con auténtico interés y simpatía, y pudimos contemplar, una Roma inédita, como nunca antes habíamos conocido ninguno de nosotros cuatro.

Cuando volvíamos en el avión comentamos lo bien que lo habíamos pasado y lo mucho que habíamos aprendido. Y es que la vocación de Jacobo por la docencia fue más fuerte que él y le condujo a la medida de sus designios, como todos nosotros sabemos.

Por ello aquí y ahora en nombre de los cuatro que pensábamos en irnos el primer día del viaje me parece obligado volver a decir, como lo hicimos en Barajas: ¡Muchas gracias Jacobo! ¡Muchas gracias compañeros!.

Así pues, parafraseando a Rainier María Rilke: “El arte, como lo enseñó Jacobo, no fue una demanda académica, sino la búsqueda del placer que adquiriría quién le escuchaba. El arte de transmitir lo que sabía fue su existencia”.

Y a ti, Rosa, compañera de fatigas profesionales, que sabes bien de la lucha contra el dolor y la enfermedad y el empeño que tenemos en la búsqueda de la motivación del ser, deseo hacerte llegar la certeza de que Jacobo ha dejado sembrado entre los que le hemos conocido algo que siempre fructificará: su vocación de compartir lo mucho que sabía.

Muchas gracias por su atención.

Intervención de Marta Infantes Hidalgo

Quizá, no habré tenido el mismo trato con Jacobo que muchos de los que hoy están aquí presentes, compañeros de trabajo, amigos y sin duda su mujer, pero en el corto período de tiempo que nos dio clase, creo que todos aprendimos a tenerle mucho aprecio y un gran cariño.

Era una gran persona y sin duda siempre tenía un gesto amables, una mirada o una sonrisa. Siempre dispuesto a ayudar.

Se involucraba con sus alumnos. Recuerdo que nos ayudó a organizar el itinerario de nuestro viaje a Roma y demostró una gran confianza al darme su número de teléfono para que le llamase a casa si necesitaba algo o para consultarle si le parecía bueno el hotel escogido. Me enseñó una foto que tenía en el despacho y me dijo que nos fijásemos en las paredes porque había esculturas que pasaban inadvertidas o que tuviésemos cuidado al cruzar las calles, “sólo por los pasos de cebra” me dijo. Una anécdota que puedo recordar fue cuando en el pasillo, mientras fumábamos un cigarro antes de entrar en clase dijo que, si por el fuese, dejaría fumar en el aula, pero que no podía ser.

Cuando recibimos la noticia de su fallecimiento muchos no nos lo creíamos, le habíamos visto en septiembre y nos pareció que seguía siendo el mismo de siempre; algunos se estremecieron, otros lloraron y muchos todavía no nos hacemos a la idea de que ya no está junto a nosotros. Pero si algo es seguro, es que esté donde esté, no le gustaría que estuviésemos tristes, sino que le recordásemos como aquella persona solidaria que desbordaba felicidad.

Si algo le caracterizaba era el gran corazón que tenía, la gran pasión que sentía por su profesión y por Roma y la gran dedicación que otorgaba a sus clases.

Intervención de Ana Belén Fernández

Le vi por primera vez en aquella mañana de abril en el aeropuerto; nada más verle su forma de andar y su jersey amarillo me causaron gran ternura. Se llamaba Jacobo Ollero, aunque para nosotros será siempre Jacopo.

Él se puso como meta el que viéramos una Roma distinta a la que se veía en los circuitos turísticos. Su profundo amor por ella hizo que nos la enseñara con pasión y a la vez nos dejó que la descubriésemos por nosotros mismos.

Conocimos con él una Roma que nos embaucó con su arquitectura y nos empequeñeció con su grandeza. Pero a la vez una Roma de calles maltrechas, de mosaicos desconocidos, de piedras caídas y de aguas brillantes. Nos quejábamos por las caminatas y los madrugones. Él nos decía que si no corríamos no lo veríamos todo. A veces en aquellos paseos le perdíamos de vista entre la multitud y al encontrarle bromeábamos con la posibilidad de ponerle un globo amarillo atado al dedo.

La última tarde nos propuso ir con él al Trastevere; les aseguro que en esas horas, aparte de llenarnos de la magia de ese barrio, del ambiente de la plaza del Fiore, del sabor del Crogino que tanto le gustaba, descubrí que tenía en común conmigo la pasión por el arte; incluso me habló del síndrome de Stendhal que tanto le había sorprendido en Italia.

Por ello, por que me enseñó a amar una ciudad, siempre que esté en Roma, cuando pasee por sus calles, cuando admire su belleza y me embriaguen sus colores, los recuerdos vendrán a mi mente, por que son inolvidables como aquel viaje y nuestro Jacopo.

Intervención de Alberto Corral Abad

Yo conocí al profesor Jacobo Ollero en el segundo cuatrimestre del curso 2003. En un principio, pude apreciar dos rasgos que le eran característicos, y que el alumno, de forma individual o colectiva, apreció desde el primer momento: su calidez humana y su gusto por la docencia, por enseñar.

De mi experiencia, por otra parte solamente reducida al ambiente académico, puedo decir que fue un hombre, que tanto en la colectividad, como en mi propia persona, fomentó el gusto por la cultura clásica (aún dando una asignatura del Renacimiento) y el gusto por el arte y la técnica cinematográfica.

Mi opinión, que por fortuna representa la de la mayoría de sus alumnos, es que los que tuvimos la suerte de haberlo conocido nos encontramos con una persona alegre, sencilla, con muchísimo sentido del humor, y a parte de todo ello como una persona universal y querida.

Con todo mi afecto, de su alumno, Alberto.

Intervención de Javier Iturralde de Bracamonte

Intentaré hacer un breve recuerdo del profesor Jacobo Ollero, esperando aunar la opinión y sentimientos de los que hemos tenido la suerte de ser sus alumnos.

Como profesor, destacaría dos facetas, por un lado, sus amplios conocimientos, por otro, su gran capacidad para transmitírnoslos, contagiándonos su entusiasmo a lo largo de cada clase.

Lo que más nos sorprendió a muchos de nosotros fue descubrir a Jacobo como compañero y amigo en nuestra visita a Roma la pasada Semana Santa. Su continúa vitalidad y entusiasmo, nos hacía descubrir una Roma mágica y diferente a través de su debilidad por recónditas iglesias, calles olvidadas, así como por las vistas desde los lugares más sorprendentes.

Estoy convencido de que si existiese una vida posterior, Jacobo estaría en estos momentos paseando por las calles de la Ciudad Eterna, que tanto amaba...

Lectura de un poema por
Valeria Camporeri

“Son los ríos”

Somos el tiempo. Somos la famosa
parábola de Heráclito el Oscuro.
Somos el agua, no el diamante duro,
la que se pierde, no la que reposa.

Somos el río y somos aquel griego
que se mira en el río. Su reflejo
cambia en el agua del cambiante espejo,
en el cristal que cambia como el fuego.

Somos el vano río prefijado,
rumbo a su mar. La sombra lo ha cercado.

Todo nos dijo adiós, todo se aleja.
La memoria no acuña su moneda.
Y sin embargo hay algo que se queda
y sin embargo hay algo que se queja.

Jorge Luis Borges
de la colección “Los Conjurados”

